

Regla de fé, de Perrone; las *Respuestas populares* del Padre Franco; las de Monseñor Segur, etc.

D. Está bien, pero con esa modestia por parte nuestra no impedimos que nos llamen ignorantes, y que digan que no conocemos nuestra religion.

M. Como si los pueblos herejes entendieran mucho de la suya. En las *Respuestas* de Franco se prueba, con datos oficiales, hasta dónde llega la crasa ignorancia del pueblo bajo en Inglaterra. Se encuentran, segun él, en aquella nacion jóvenes casaderos á millares que no saben palabra de la Encarnacion del Verbo, nada de las divinas Personas. Centenares de mineros respondieron á la Comision que lo atestigua, que no sabian qué libro era el Catecismo, ni qué significaba la Santa Cruz. Pues de esa cantera salen los que, leyendo la Biblia, vienen á preguntar á nuestros católicos lo que ellos no entienden; y acuden á los ignorantes siempre, nunca á los doctos.

D. ¿Con que nos aferraremos en no disputar con ellos, y en oírlos como quien oye llover?

M. Bien les puedes decir: Amigos míos: ¿no sois vosotros gente que come, bebe, viste, calza, y tiene haciendas?—Sí.—Decid pues ¿cómo se siembra, siega, planta y vendimia; cómo se producen y fabrican la seda, el algodón, el lino y la lana; cómo se guisan los manjares, cómo se edifican las casas? Lo regular es que de nada de esto entiendan palabra, porque lo uno toca al labrador, lo otro al fabricante, esto al cocinero, aquello al arquitecto, y os dirán: A mí me basta el testimonio de los peritos, mi buen sentido con el apoyo de los muchos que se valen de tales personas, consumen tales géneros, compran en tales tiendas, y gracias que sepa dar buena cuenta de mi profesion de abogado, médico, ó lo que sea. ¿No es esto lo que dirian?

D. Eso debian decir por lo menos. A no ser que de todo entendiesen por haber estudiado de todo.

M. Luego, para hablar de todo, hay que haber estudiado de todo. Corriente. Luego vengamos á nuestro cuento, y hagamos la aplicacion. O más bien, oigamos á San Jerónimo que nos la da ya hecha. Así escribia á Paulino sobre esta materia: «Omitiendo á los gramáticos, retóricos, filósofos, geómetras... cuya ciencia es utilísima, paso á las artes menores que no tanto se ejercitan con la lengua como con la mano. Los labradores, albañiles, herreros... no pueden llegar á ser lo que desean, sin que les enseñe un maestro. Cada uno trata de lo que toca á su oficio. Sólo el arte de las sagradas Escrituras es el que todos quieren apropiarse... La vieja parlera, el viejo chocho, el charlatan sofista, todos creen poder hablar de la Escritura sagrada, estropeándola, por supuesto, cuando sin aprenderla la enseñan. Unos frunciendo las cejas, y midiendo sus altisonantes palabras, filosofan entre mñerzuelas sobre las sagradas letras. Otros aprenden de ellas lo que luego enseñan á los hombres.» Y recorriendo el Santo los varios libros sagrados, pondera las dificultades que ofrece cada uno, y algunos en especial que encierran tantos misterios como palabras, y más aún, pues cada palabra envuelve muchas inteligencias. «No soy tan presumido, dice, que me atreva á asegurar que los entiendo; solo confieso que lo deseo.»

D. Es una tontería hablar de lo que uno no entiende. Mas decidme ahora, ¿cómo se tatará la boca á los que abogan por el principio de libre discusion para formarse las convicciones religiosas?

M. Distingamos. Ó se trata de católicos, ó de herejes. Si de católicos, no es lícito tal principio; si de herejes, disputen cuanto quieran. Razon. El católico

no es de la misma condicion que el hereje, pues éste, guiado de humanas opiniones, sigue una religion falsa, y aquel se apoya en la autoridad divina.

A ningun católico le es lícito dudar de las doctrinas de la Iglesia, y pretender hallar su verdad con la disputa. Las cosas de fé las creemos porque Dios las ha revelado, y la Iglesia las enseña. Luego el católico que busca en la disputa la verdad de estas cosas, ya no las cree por la autoridad de Dios, sino por su raciocinio. Los católicos tenemos en favor de la divinidad de la Iglesia pruebas incontestables, y jamás podemos tener justa causa de cambiar de fé, ni aún siquiera de ponerla en duda; así lo define el concilio Vaticano (1). Luego el principio de la discusion no tiene razon de ser para nosotros. El hereje, discutiendo sobre las cosas de su secta, discute sobre opiniones humanas; discuta, pues, cuanto quiera; que nadie se lo prohíbe.

D. Esa prohibicion de dudar en materia de fé es lo que llaman tiranía.

M. Injustísimamente. ¿Con que el hijo criado á los pechos de su madre, y por ella alimentado y vestido, y puesto en carrera, podrá, al primer albor de su razon desarrollada, poner en tela de juicio los derechos que sobre él tiene su madre, é investigar si es madre legítima, ó nó, sin motivo alguno; y entre tanto que lo averigua, negarle la obediencia y el respeto, dispuesto á abandonarla mañana, y quitarle la honra? Pues eso pretenden que puede y debe hacer cada fiel cristiano, criado á los pechos de la Iglesia: hacer uso de cuatro adarmes de ciencia, que crea tener, para litigar contra ella con pretexto de asegurar sus derechos, y entre tanto menospreciar sus cánones, y gritar á la tiranía, si se le llama al órden.

(1) Ses. 3.^a trátase magistralmente este punto en la Teología que ahora da á luz en Barcelona el P. Casajoana S. J.

D. Quisiera evitar ese escollo, en que dan algunos con intencion de instruirse.

M. No hay más que secundar las miras de la Iglesia, la cual nos exhorta á estudiar los fundamentos de la fé, y fomenta la enseñanza religiosa con catecismos, sermones, pastorales de obispos, cánones de concilios y bulas de Papas, con escritos de hombres doctos y escuelas públicas, con bibliotecas donde halla el letrado todo linaje de erudicion, y donde sábios protestantes vieron patentes sus corazones, y conocieron la verdad y la abrazaron. No quiere la Iglesia igual grado de ciencia en todos sus hijos, que esto fuera absurdo; y al paso que aprueba la aplicacion del letrado al estudio de las antigüedades cristianas; estimula al indocto á leer buenos libros, oir sermones, frecuentar las doctrinas, y escuchar á los sábios. Por este medio vemos á muchos hombres sin letras, principalmente á los legos de las religiones, salir tan aventajados en la ciencia cristiana, como muchos que cursan en las aulas.

D. Convengo en todo cuanto llevais dicho y probado contra el decantado principio de discusion, que mete á los ignorantes á disputar de lo que ignoran, y lleva á los creyentes á la incredulidad á fuerza de discutir. Ahora pregunto si es lícito disputar con los herejes, ó para convencerlos, ó para defenderse.

M. Segun y conforme. Si se trata de herejes pertinaces, no; si de herejes más tratables y, como si dijéramos, blandos de boca, vuelvo á distinguir: si el que ha de argüir con ellos es hombre que llega á la talla, no hay inconveniente en que se mida con ellos; si no llega, busque ayuda.

D. Me parece bien esa distincion. Ya sé á qué atenerme.

M. Si se trata de incorregibles ¿qué se saca de la

disputa, ni para ellos, ni para los oyentes, sino exasperar á aquellos y escandalizar á éstos? El mismo san Pablo, doctor de las naciones, escribiendo á otro doctor, discípulo suyo, que era obispo y santo, le dice que no dispute de palabra con los contrarios; porque no se saca de esas disputas sino escandalizar á los oyentes (1). San Bernardo dice que tales hombres «ni se convencen con razones, porque no las entienden; ni ceden á la autoridad, porque no la reconocen; ni á la persuasión, porque están obstinados (2).» Y en efecto, ni el mismo Jesucristo llegó á convencer á los soberbios fariseos.

Una de dos: ó el católico dá buena cuenta de sú fé, ó no. Si por su poco saber no la dá, se engríe el hereje, y se escandaliza el fiel; si la dá, se irrita el hereje confundido, y cobra mayor ódio á la fé; y el oyente, si no es docto ó no está firme en la fé, entiende mejor las dificultades que las respuestas, porque la hereja halaga el amor propio, y la fé le humilla.

Si es blando de boca aquel con quien quereis disputar, y sentís que es una presa que se os viene á las manos, ya varia la cuestion; pero no entreis en la lid sin las armas de la ciencia, y si no la tereis, acudid á los de mayor alcance, pues doctores tiene la santa Iglesia.

D. ¿Y no habria algun medio de salir uno airoso cuando le asaltan de improviso, sin estar siempre confesando su ignorancia?

M. Los hay á millares, mucho más para los que tienen chispa, ó agudeza de ingenio. Preguntó Laccordaire á uno que no queria creer lo que excedia su razon: «¿Sabéis la razon por que el mismo fuego que endurece los huevos en la sarten, ablanda la manteca?

(1) II. Tim. II, 14.

(2) Serm. 66 in cant.

— No, respondió. — ¿Creéis en la existencia de las tortillas? — Sí. — Pues eso es contra vuestros principios.» El que no tiene facilidad para sacudirse con ese donaire, tome otro camino; confunda al adversario con preguntas del Catecismo, oblíguele á confesar que no sabe nada.

MISTERIOS

D. Dos dificultades se me ocurren, nacidas de ciertas especies que he oido á los incrédulos; la una, que los misterios parecen contrarios á la razon; la otra, que los milagros parecen contrarios á la naturaleza.

M. Siempre están reproduciendo esos sofismas los incrédulos, como si no hiciera siglos que se han refutado victoriosamente. A la primera dificultad se responde que los misterios son *superiores* á la razon, no contrarios. ¿Es acaso la razon del hombre una cosa tan elevada que pueda subirse á las barbas de la inteligencia angélica? Pues todavía hay misterios á los que no alcanzan los ángeles. ¿Cómo alcanzará el hombre? ¿Sería Dios grande si cupiese en la corta capacidad de nuestro entendimiento? Es, pues, evidente que debe haber misterios superiores á la razon, en una religion divina. Mas de ahí no se infiere que sean contrarios á la razon.

Pongamos por ejemplo el misterio de la Santísima Trinidad. Seria contra la razon decir que hay tres Dioses y un solo Dios, ó tres personas y una sola; pero no es contra la razon, sino sobre la razon, decir que hay un Dios en tres personas, y que siendo Dios cada persona, no hay tres Dioses, porque las tres personas tienen la misma sustancia.

El misterio de la Encarnacion seria contra la razon, si enseñase la Iglesia lo que enseñan los panteistas; que una misma y única sustancia y naturaleza es finita é infinita, material y espiritual, temporal y eterna, Dios y no Dios. Pero no es contra la razon que una persona, en quien se juntan dos naturalezas, una divina y otra humana, sea segun la divina, eterna é impassible; y segun la humana, temporal y pasible. Tal es el Hijo de Dios encarnado Jesucristo.

En el misterio de la Eucaristía seria contra la razon decir que el pan es cuerpo de Cristo, y que el vino es su sangre. Pero no es contra la razon decir que el pan se convierte en el cuerpo de Cristo, y el vino en su sangre, no quedando de pan y vino sustancia alguna, sino los accidentes ó cualidades exteriores, por las cuales siguen apareciendo á nuestros sentidos el mismo pan y el mismo vino que antes hubo.

¿Entendemos nosotros cómo el pan que comemos y el vino que bebemos se convierten, en pocas horas, en nuestra carne y sangre? Pues á nadie se le ha ocurrido decir que eso es contra la razon; bien que no entienda cómo se hace.

D. Quedo convencido; pasemos adelante.

MILAGROS

M. Antes de decir algo sobre los milagros, convengamos en que Dios puede hacerlos, y los ha hecho muchas veces. Si esto negamos, hay que borrar cuantas historias escribieron los hombres mas dignos de fé que han visto los siglos.

D. A eso dicen que los antiguos eran unos benditos que lo creian todo.

M. Si, por cierto; un bendito era Faraon el de las

plagas de Egipto; unos benditos los incrédulos del tiempo de Noé; cuando fabricaba el arca; unos benditos los del tiempo de Moisés, los del tiempo de Elías. Y tomando el agua de mas abajo, ¿puede darse gente más descreida que los discípulos del Salvador? ¿Y el ver y creer de santo Tomás, que se ha hecho proverbial? ¿Eran unos benditos aquellos célebres filósofos que se convirtieron en apologistas de la fé cristiana á su vuelta del paganismo? ¿Benditos los santos doctores que probaron por los milagros la divinidad de la Religion? Y esos monumentos que levantaron nuestros mayores en perpétuo recuerdo de los milagros que vieron y palparon, ¿serán sólo una prueba de que eran unos benditos todos ellos?

D. Dicen tambien que los antiguos no conocian las fuerzas de la naturaleza, ni lo que éstas habian de desarrollarse en este siglo; y que así hubieran tenido por un milagro el que pudiera un viajero trasladarse, en horas, de Cádiz al Pirineo, y en pocos segundos dar noticia de su llegada.

M. De que los antiguos no hayan adelantado como nosotros en la Física, no se sigue que no hayan conocido, más ó menos remotamente, hasta dónde podian llegar las fuerzas de la naturaleza. Lo que hay de cierto es que ellos, como nosotros, sabian que sin milagro no resucita un muerto, ni recobra en un instante piernas y brazos un lisiado, ni se cura de repente un enfermo desahuciado. En nuestros dias hemos visto esas invenciones que citais, pero á nadie se le ha ocurrido jamás llamar milagro á la presteza con que le llevó el tren á Lourdes, y todos gritan ¡milagro! al ver al cojo tirar las muletas y volver corriendo á su casa.

Si los antiguos hubieran visto nuestros trenes y alambres, no hubieran tampoco pensado en milagros.

Esos trenes no vuelan por el aire como el carro de Elías, sino que son arrastrados segun las leyes físicas; ni hablan esos alambres, sino que transmiten el choque recibido, y lo demás es pura convencion de los hombres.

Por más, pues, que adelante la Física, el milagro es siempre milagro, hoy como ayer.

Frecuentemente vemos canonizar santos en Roma, y no se canonizan sin milagros; y esos milagros pasan por tales alambiques, que no hay mas remedio que confesar su autenticidad, una vez que han salido con bien de aquella prueba.

Refiere el P. Daubenton, en la vida de San Juan Francisco Regis, que cierto Prelado en Roma dió á leer á un protestante inglés parte de un proceso de canonizacion, con la noticia de varios milagros tan bien probados, que admirado el inglés dijo al Prelado: «Si por estas pruebas pasasen cuantos milagros admite la Iglesia, nada tendrian que decir los protestantes.»

«¡Con qué poco os contentais! dijo el Prelado; ni uno siquiera de esos milagros ha salido aprobado en el exámen de la Congregacion de Ritos.» ¡Cómo se quedaría el inglés! Esos milagros que se verifican en Lourdes tienen millares de testigos, y no pueden contradecirlos los médicos, por incrédulos que sean. Buscan explicaciones, no las encuentran, y se vuelven el hazme reir de los diarios católicos por sus sandeces, y los enfermos curados se quedan. ¿Quién no ha visto en Madrid cómo se liquida la sangre de san Pantaleon todos los años el día de su fiesta? Lo mismo sucede en Roma y en un lugar de Nápoles. En Nápoles se liquida y hierve la sangre de san Genaro puesta en presencia de su cabeza, teniendo por testigos ese milagro á todos los que quieren verlo, que son muchos, pues tales cosas pican la curiosidad.

Con que no revolvamos más los huesos de nuestros mayores, pues tenemos tantos milagros que contar como ellos, á pesar de todos los adelantos del día.

D. Quisiera me explicaseis ahora si el milagro es ó no contra la naturaleza.

M. Séalo ó no, basta saber que Dios puede hacerlo, pues lo hace. Pero, á fin de dejarte satisfecho, te diré que es contra la naturaleza, y no lo es segun se entienda la cosa. Lo es, por cuanto obra algunas veces lo contrario de lo que haria la naturaleza por sí sola: v. gr. que una persona esté á un tiempo en dos distintos lugares: no lo es, en cuanto esto se hace por virtud de Dios, que es quien dió á la naturaleza leyes generales, reservándose el derecho de dispensar en ellas cuando le pluguiese.





DIÁLOGO II

Herejías.—Protestantes.—Varios errores.—Liberalismo.—
Otros sistemas reprobados.

HEREJÍAS

D. Lo primero que se me ocurre con ocasion de nuestro diálogo anterior, es preguntaros lo que enseña la Iglesia sobre los que dicen que no hay que creer en misterios ni en milagros.

M. Que son herejes, como lo ha declarado recientemente en el concilio del Vaticano, cánon 4.º del párrafo 3.º, y cánon 1.º del párrafo 4.º, (1), fulminando contra ellos anatema.

D. ¿Qué quiere decir la palabra anatema?

M. Lo mismo que excomulgado.

D. ¿Qué es herejía?

M. Es toda negacion obstinada de una verdad que la santa Iglesia enseña como revelada por Dios. Por esta regla es fácil medir á los herejes. Todos lo que obstinadamente niegan un artículo de la fé, ó alguna verdad que la Iglesia propone como revelada, son he-

(1) Están en el Apéndice.